

*Contextos y texto de una crónica  
Libro tercero de la historia religiosa  
de la Provincia de México de la Orden  
de Santo Domingo de fray Hernando Ojea,  
O. P.*

José Rubén Romero Galván (editor)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2007

238 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 6)

ISBN 978-970-32-4868-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 19 de octubre de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/contextos/texto.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



ejemplar, muy caritativo y devoto, y vicario de algunos pueblos de la mixteca, cuya lengua supo. Pasó de esta vida en el convento y pueblo de Chila adonde era vicario a los veinte y siete de julio del año 1604.

1604

## CAPÍTULO 29

### DE LA GRATITUD NOTABLE DEL PERRO DE SANTO DOMINGO DE MÉXICO

No sólo en los hombres se halla la virtud del agradecimiento, sino también en los brutos animales. Crió una mujer viuda de México un perrillo del tamaño de una liebre, de color blanco y naranjado a manchas; murió ella y enterráronla en la iglesia de Santo Domingo de la misma ciudad, por el mes de marzo del año 1604. El perrillo sintió tanto su muerte, que habiéndola acompañado hasta la sepultura, nunca más se quiso apartar de ella, mas se estaba allí de día y de noche con la mayor tristeza del mundo sin ladrar ni hacer ruido. Sólo daba de noche al principio de cuando en cuando unos aullidos dolorosos como gemidos de persona que tenía gran dolor, por lo cual le espantaban y daban algunos golpes los que tenían cuidado de cerrar la iglesia por echarle de ella. Pero él se escabullía por una parte y se entraba por otra, de donde salía por un resquicio de la puerta cuando ella estaba cerrada para proveer sus necesidades, y para comer buscaba y comía lo que hallaba de sobras por el convento. Y particularmente se iba a la portería a la hora de comer a donde se ponía entre los pobres y como uno de ellos aguardando su ración, la cual le daban de buena gana los porteros después que le conocieron. Y habiendo suplido su necesidad se volvía a su puesto de la sepultura, adonde los frailes que notamos su gratitud y lealtad le llevábamos también de comer, por lo cual él se nos aficionó y a todos nos agasajaba y mostraba amor, según su modo; pero nunca se aplicó a seguir a alguno en particular. Sólo acudía a las procesiones de buena gana, y allí iba muy contento entre los frailes, imaginando por ventura que en alguna de ellas hallaría a su ama, como en otra la había perdido y dejado en la sepultura. Así perseveró en el convento más de un año, hasta que saliendo una vez a la calle le mataron otros perros con no pequeño dolor nuestro, por haber perdido un vivo ejemplar del verdadero agradecimiento; virtud nobilísima y muy propia y conveniente para cualquiera hombre no sólo cristiano, católico y político, sino también infiel aunque sea bárbaro.

1604